

blemente antiguo, las máscaras en figura de cabezas de venado y de antílope que se ponen los mismos hombres.

Durante la semana de pascua se adornan con víboras, amarrando juntas las cabezas de los reptiles para que no causen daño, sucediendo que un solo hombre lleve consigo hasta cuatro culebras.

CAPÍTULO XIX

EL CULTO DE LAS PLANTAS—EL JÍCULI—EFECTOS INTERNOS Y EXTERNOS
—EL JÍCULI ES AL PAR HOMBRE Y DIOS—CÓMO OBTIENEN LA PLANTA Y CÓMO LA CONSERVAN—LA FIESTA TARAHUMAR DEL JÍCULI—INSTRUMENTOS MÚSICOS—AL JÍCULI LE GUSTA EL RUIDO—SU DANZA—SU PARTIDA POR LA MAÑANA—OTROS CACTOS QUE SE VENERAN—EL “DOCTOR” RUBIO—ANTIGÜEDAD DEL CULTO DEL JÍCULI.

PARA los indios, todo tiene vida en la naturaleza. Las plantas, así como los seres humanos, encierran un alma, pues de lo contrario no podrían vivir ni crecer. De muchas se supone que hablan, cantan y son sensibles á la alegría y al dolor. En invierno, por ejemplo, cuando los pinos están enrigecidos de frío, suplican llorando al sol que salga á calentarlos. Cuando se insulta ó se molesta á las plantas, éstas acostumbran vengarse. Son objeto de veneración las que se consideran con virtudes curativas, lo que, no obstante, no las libra de que las corten en mil pedazos para echarlas en agua que se bebe ó se emplea en lavatorios. Se cree que el simple aroma del lirio sana las enfermedades y quita el embrujamiento. Para invocar su ayuda, reza el curandero de esta manera:

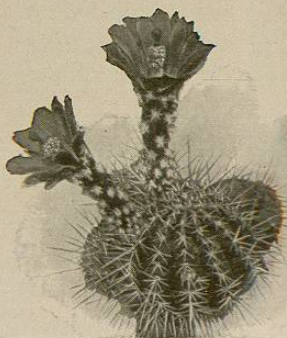
“ Sūmatí	okiliveá	sævá	rākó	chíneserová
“ Hermoso	esta mañana	en flor	lirio	guárdame!
huaminámela	ke usugitúami			chiotshéloaya
echa de aquí	(á los que) enhechizan!			hazme llegar á viejo!
chilivéva	tesola	chapimélava		otshéloa
Dame un	bordón	(para) tomarlo		(en) la vejez
	rimivélava			
	(que yo pueda) alcanzar!			
Matetravá	Sevaxóa	huiliróva!”		
Gracias	exhala fragancia	parado!”		

("¡Hermoso lirio de la mañana, guárdame de las brujas y toda clase de hechicerías! ¡Cuidame hasta llegar á la vejez, á la edad en que necesite apoyarme en un bordón! ¡Gracias por el olor que despides en donde estás plantado!")

Á todas las especies de *Mammillaria* y *Echinocactus*, cactus pequeños, para las que existe un culto regular, se les atribuyen altas cualidades mentales. Los tarahumares dan á diversas variedades el nombre de jículi, aunque sólo le corresponda con propiedad á la clase que más comúnmente emplean. Dichas plantas siguen viviendo varios meses después de desarraigadas, y producen, cuando se comen, una especie de éxtasis, razón por que las consideran semidioses dignos de gran reverencia á quienes hay que ofrecer sacrificios.

Las principales clases que se distinguen, son conocidas científicamente con los nombres de *Lophophora Williamsii* y *Lophophora Williamsii*, var. *Lewinii*. En los Estados Unidos se llaman *mescal buttons*, y en México *peyotes*. Los tarahumares les dicen jículi superior (*jículi huanamé*) ó simplemente jículi, siendo ellos mismos los jículis *por excelencia*.

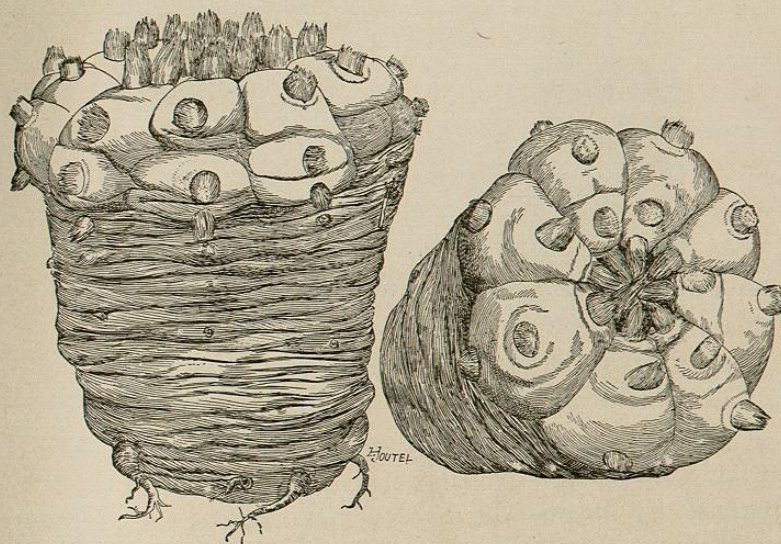
También los indios huicholes, que viven á muchos centenares de millas de los tarahumares, rinden culto al jículi, y es un hecho interesante y curioso que le den el mismo nombre, á pesar de que no haya entre una y otra tribu relación ni afinidad. Los cultos muestran asimismo muchos puntos de semejanza, bien que para la tribu suriana desempeñe la planta papel de mayor importancia en la vida de los indios y se la venere con más minuciosidad. Los huicholes, además, emplean sólo la especie y variedad



Echinocactus.

que se ve en el grabado, mientras que los tarahumares tienen varias. El mayor J. B. Pond, de Nueva York, me ha informado que en Texas, durante la Guerra Civil, los llamados *Texas Rangers* (rurales texanos), cuando caían prisioneros y se veían privados de otras bebidas estimulantes, ponían "botones de mezcal" ó "*white mule*," como ellos las llamaban, en agua que les servía para embriagarse.

La planta produce en el sistema humano, cuando se toma, una grande alegría y aplaca toda sensación de hambre y de sed. Desarrolla también la visión colorida. Su sabor, cuando está fresca, es nauseabundo y ligeramente



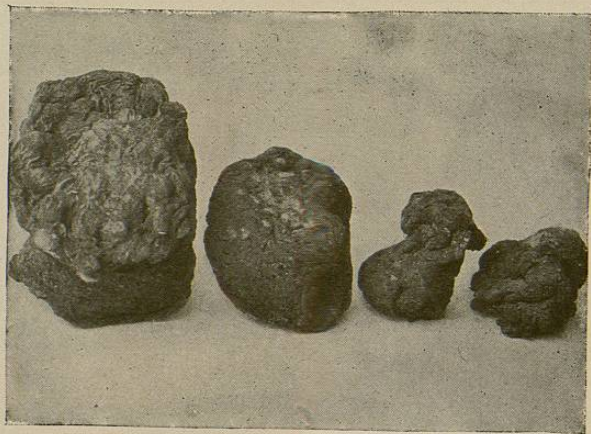
Lophophora Williamsii, var. *Lewinii*.

Lophophora Williamsii.

Jículis ó peyotes, principales cactus sagrados. Casi de tamaño natural.

ácido, pero extraordinariamente refrescante para el que se ha expuesto á una fuerte fatiga. No sólo alivia de todo cansancio, sino que se siente renacer el esfuerzo, lo que yo mismo puedo testificar, por experiencia personal. En este respecto, se parece á la coca del Perú, con la diferencia de que deja después cierta depresión ó dolor de cabeza. Aunque los indios se sienten como si estuviesen ebrios

cuando comen un poco de jículi, y les parece que les bailan los árboles, se mantienen sin tambalearse y con el cuerpo más firme que en su estado normal, pudiendo caminar por la orilla de los precipicios sin que se les desvanezca la cabeza. En sus fiestas nocturnas, cuando han consumido mucho tesgüino y jículi, numerosos individuos se ponen á llorar y á reír alternativamente. Otro efecto notable de la planta consiste en quitar temporalmente cualquiera deseo sexual, hecho en que seguramente se funda el que los indios, por medio de curioso razonamiento aborígena,



Jículis secos.

imponen la abstinencia de las relaciones sexuales como condición necesaria del culto.

Tan grato es para los tarahumares el efecto de la planta, que atribuyen á ésta el poder de dar salud y larga vida, y de purificar el cuerpo y el alma. Muelen en metate dichos cactus, ya sea frescos ó secos, para ponerlos en agua, siendo este líquido la forma usual en que consumen el jículi.

Se aplica exteriormente contra las picaduras de víbora, quemaduras, heridas y reumatismo, para lo cual se masca ó simplemente se humedece en la boca antes de ponerlo

en la parte lesionada. No sólo cura la enfermedad y la aleja, sino que fortalece al cuerpo para que resista á cualquiera otra, por lo que se usa mucho como preservativo, y aunque no se les da á los muertos, porque ya no necesitan de remedios, siempre interviene en las fiestas que se les tributan.

El jículi es poderoso protector del pueblo en cualesquiera circunstancias y trae la buena suerte. El hombre que lo lleva bajo su ceñidor, puede estar seguro de que no lo morderán los osos y de que los venados, lejos de huírle, se le mostrarán tan mansos que podrá matarlos fácilmente; y si los apaches lo encontrasen, no podrían dispararle sus rifles. Hace afortunados á los que toman parte en las carreras y toda clase de juegos, á los que trepan á los árboles, etc. Es la gran salvaguardia contra la hechicería, pues el jículi ve todavía mejor que los astrólogos y cuida de que no echen los brujos nada malo en la comida. Los tarahumares cristianos creen que tomándolo se les sale el diablo del estómago. La planta, además, purifica á todo el que trata de sacrificar alguna oveja ó de fabricar tesgüino. Ningún remedio, sin embargo, hay para un asesinato: ni el jículi puede curarlo.

Los tarahumares cristianos, cuando llegan á presencia de la planta, hacen la señal de la cruz, y al ejecutar dicha práctica, me decían que me quitase el sombrero, pues siempre se le saluda como si fuese una persona y se supone que contesta de la manera usual á las saluciones que se le dirigen. El jículi no es tan grande como el Padre Sol, pero se sienta á su lado. Es hermano de Tata Dios, su hermano gemelo, y por lo mismo se le llama tío.

En ocasiones, cubren dichas plantas los indios con pedazos de frazada y les ponen cigarros delante. Los muchachos no deben tocarlas ni tampoco las mujeres, sino es en los casos en que las muelen, con carácter de ayudantas del sacerdotes. Los curanderos son, de hecho, los únicos

que pueden propiamente manejar el peyote, mas para ello se lavan antes las manos; y á veces, ni aun ellos lo toman con los dedos, sino por medio de unos palillos. Algunos se lavaban las manos y se enjuagaban la boca inmediatamente que acababan de comer de mis platos, para que el jículi no se enojara con ellos porque aceptaban comidas extrañas, hechas por gente de fuera.

El jículi no se guarda en las casas, porque es extremadamente virtuoso, y se ofendería de ver cualquiera cosa indebida; sino que se le coloca en un jarro ó chiquihuite especial, y dentro de la troje, no sacándolo nunca sin ofrecerle previamente la ofrenda de carne y tesgüino. Si descuidaran hacerlo así, devoraría las almas de los indios. Cuando algo le sucede, como por ejemplo, que se lo coman los irreverentes ratones, se llena el dueño de miedo temiendo volverse loco por su negligencia. Si alguno se lo roba, puede estar seguro de que perderá la razón si no lo restituye á quien lo hurtó, y debe además matar un buey y hacer una gran fiesta para ponerse nuevamente bien con el poderoso dios y con el pueblo.

Á los cuatro años se hace viejo el jículi y se enmohece, perdiendo sus virtudes. Entonces lo entierran en un rincón de la cueva ó de la casa, ó lo llevan al lugar de donde procede, recogiendo plantas frescas. Según la tradición, cuando Tata Dios se fue al cielo, al principio del mundo, dejó el jículi como un gran remedio para el pueblo. El jículi tiene cuatro caras y todo lo ve. Su poder está demostrado en la siguiente fábula:

El Oso dijo en una cueva al Jículi: "Vamos á fumar y á pelear en seguida." Y fumaron y pelearon, y el Jículi fue más fuerte que el Oso. Cuando el Jículi derribó al Oso, se le salió á éste todo el aire del cuerpo; pero volvió á decir: "Vamos fumando y peleando algunas veces más." Y así lo hicieron, y el Jículi volvió á tirar al Oso, y el Oso se sentó á llorar sobre una piedra, se fue, y ya nunca volvió.

El jículi no es planta indígena de la región de los tarahumares de hoy, que necesitan emprender todos los años para obtenerlo, largos y, aun hace poco, peligrosos viajes, á las llanuras del este de Chihuahua, á la sierra del Almoloy, cerca de la estación de Jiménez, y á la sierra de Margoso, más allá de Santa Rosalía de Camarga, cruzando la vía del ferrocarril Central Mexicano. Parten en busca de las plantas, de dos ó tres hasta una docena de indios, que antes se purifican con incienso de copal. Necesitan ocho ó diez días para llegar á la sierra de Margoso, donde se encuentran principalmente dichas plantas, empleando como un mes en todo el viaje. Mientras llegan al sitio que buscan, pueden comer algo los peregrinos; pero una vez allí, deben abstenerse de toda cosa que no sea pinole. Al llegar al lugar, erigen una cruz junto á la que colocan las primeras plantas que encuentran, para que éstas digan donde se pueden hallar otras en abundancia. La segunda recolección de biznagas, se las comen crudas, lo que naturalmente los embriaga, y como está prohibido hablar, se acuestan en silencio á dormir. Al siguiente día, ya perfectamente bien, comienzan desde temprano á recoger las plantas, tomándolas con el mayor cuidado con palos, para no tocarlas ni maltratarlas, porque se enojaría el jículi y castigaría á quien le ofendiese. Dos días se emplean en esto, y al juntar las plantas, van colocando las de cada clase en costal separado, porque si las mezclasen, se pelearían. Cargan á la espalda los sacos, pues los tarahumares generalmente no tienen caballos.

El jículi dice, cantando hermosamente en el campo donde crece, que el tarahumar puede encontrarlo, y añade: "Quiero ir á tu país para que me cantes tus canciones." Canta asimismo dentro del costal en que lo llevan. Un hombre que se sirvió del peyote como almohada, no pudo dormir, según decía, porque las plantas hacían mucho ruido.

Cuando los peyoteros vuelven á sus casas, sale la gente á recibir con música á las plantas y celebran en su honor una fiesta, sacrificando un borrego ó un chivo. El sacerdote se pone para el caso, sartaes de *Coix Lachryma-Jobi*, que se quita en el momento oportuno para ponerlas en una jícara de agua en que se ha puesto en remojo cogollo de maguey, y al rato cada uno de los presentes toma un trago de dicha agua. El sacerdote hace lo mismo y vuelve á ponerse el collar. Tanto las lágrimas de San Pedro como el maguey son objeto de grande estimación por sus propiedades curativas; y en sus canciones describe el adivino al jículi como parado sobre una gigantesca semilla de *Coix Lachryma-Jobi* del tamaño de una montaña.

Pásanse la noche bailando jículi y yumari. El montón de plantas frescas, en cantidad á veces de dos fanegas ó más, se coloca al pie de la cruz y se rocía de tescüino, porque el jículi necesita beber, y si no le diesen, se volvería á su tierra. Ofrécese también de comer á las plantas, y aun llegan á ponerles delante algunos pesos de plata que su dueño recoge terminada la fiesta.

Durante el año suelen hacerse especialmente fiestas en honor del peyote, pero ejecutando su danza simultáneamente con el rutuburi y otras, aunque por separado, dedicándose algunos sacerdotes, de un modo exclusivo en tales ocasiones, al culto del jículi á fin de que los bailadores se conserven en buena salud y no les falten fuerzas para el trabajo.

Consiste principalmente la fiesta del jículi en bailar, y luego en comer y beber tan pronto como se ha hecho á los dioses la ofrenda de provisiones y tescüino. La ceremonia no tiene lugar en el patio común, frente á la habitación, sino en uno especial que al efecto se escombra y barre cuidadosamente.

Entretanto, se va á buscar al monte el combustible necesario para la gran luminaria que ha de encenderse, pues el

fuego es una de las condiciones características de la fiesta, como el mismo nombre de ella lo indica: *napitshi noliruga*, que literalmente significa "moviéndose (es decir *danzando*) alrededor (noliruga) del fuego (napitshi)." Gozan de preferencia, á lo que parece, los árboles caídos, ya sean pinos ó encinas, pero debe de ser por la abundancia con que se encuentran, porque son secos y arden mejor, y finalmente, porque evitan el tener que cortarlos. Buen número de troncos se allegan y disponen en filas paralelas, en dirección de oriente á poniente, pero sin encender el fuego antes de que se ponga el sol.

El dueño de la casa donde tiene lugar la fiesta entrega á dos ó tres mujeres designadas para ayudar al sacerdote algunas plantas, siendo suficientes una docena ó dos para una reunión ordinaria. Dichas mujeres se llaman *rokoró*, lo que significa el estambre de la flor, en tanto que el sacerdote es el pistilo. Muelen en el metate las biznagas con agua, y luego toman parte en la danza. Deben lavarse cuidadosamente las manos antes de tocar las plantas, y mientras las muelen, está un individuo teniendo una jícara para recoger cualquiera gota que resbale del metate y evitar que se pierda la menor partícula del precioso líquido. Ni una gota se debe desperdiciar, y aun el agua con que al terminar se lava el metate, debe agregarse al líquido. La bebida que se produce es ligeramente espesa y de color pardo sucio.

El sacerdote (en ocasiones hay dos) se sienta en el suelo como á dos varas al oeste del fuego, frente á la cruz colocada al extremo opuesto. Sus ayudantes, que son dos por lo menos, se sientan á sus lados, y las ayudantas, al norte del fuego. Una vez observé que los hombres se agruparon á un lado del sacerdote, y las mujeres al otro. Junto al lugar del sacerdote hay un agujero para que escupan él y sus ayudantes después de beber ó comer jículi á fin de que nada se pierda, agujero que vuelve á taparse cuidadosamente con una hoja cada vez que se usa.

Luego que el sacerdote se sienta, toma una jícara redonda, la apoya de boca contra el suelo, y haciéndola girar, deja señalado un círculo, en cuyo interior describe dos diámetros cortados en ángulos rectos para producir un símbolo del mundo.

En el centro coloca un jículi, para el que á veces cava un hoyo de cinco ó seis pulgadas de profundidad, y lo cubre con la jícara boca abajo, como si dejara la planta dentro de una esfera hueca. En vez de jícara, puede emplearse cualquiera otro utensilio de madera análogo; pero en todos casos, se fija bien en el suelo para que sirva de resonador para el instrumento musical. Es éste un palo con muescas que el sacerdote apoya en la jícara y contra el cual raspa con otro palo para acompañamiento de sus canciones. Si la jícara quedase floja, produciría un sonido tan discordante que obligaría al semidiós á matar á algún miembro de la familia; pero el ruido bien dado, le causa placer, razón por la cual se le coloca debajo de la vasija. El jículi es poderoso, y manifiesta su fuerza con el ruido que se produce.

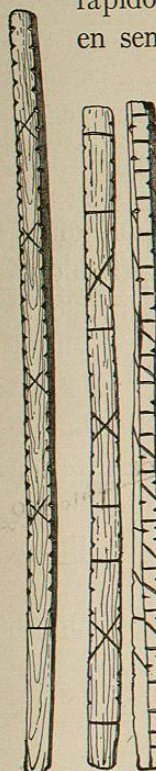
El palo labrado, lo mismo que el raspador son de brasil que llevan de las cercanías de San Ignacio, en la región del jículi. El sacerdote coge su instrumento con la mano izquierda, y lo apoya en la jícara por uno de sus puntos intermedios, de manera que la parte que queda entre su mano y el punto de contacto sea un poco mayor que lo que falta hasta la extremidad de la vara.

Los bastones que aparecen en la figura, sacados de un sepulcro tarahumar, son al parecer muy antiguos. Los indios á quienes los enseñé no los conocían, pero todos me aseguraron que eran raspadores. En ambos lados de uno de ellos, hay líneas sesgadas que simbolizan el camino de Tata Dios, y en los otros lados, líneas transversales representando la caída de la lluvia. Como dichos utensilios se encontraron cerca de Baborigami, posible es que hayan per-

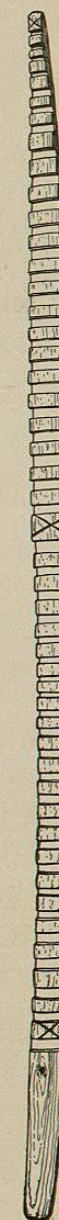
tenecido á los tepehuanes, cuyos miembros existentes hacia el norte rinden también culto al peyote.

Cuando el sacerdote comienza á frotar, hácelo, no precisamente desde la punta, pero sí desde muy cerca del extremo, corriendo su raspador de un modo rápido é igual, como veintiséis veces, hacia él y en sentido contrario; da luego tres largos toques, extendiendo todo el brazo cada vez, con movimiento de arriba abajo, y levantando por un segundo el palo hacia el oriente. Esto, repetido tres veces, constituye el prelude de la ceremonia. Comienza luego á cantar acompañándose de toques regulares sobre la vara labrada, siendo cada arqueada de igual extensión, y efectuándola primero hacia él y después hacia abajo. Sus canciones, que son cortas, sólo duran unos cinco minutos.

Entonces pónense en pie los hombres y mujeres que sirven de ayudantes, provistos de incensarios que despiden espeso humo de copal, y avanzan hacia la cruz para incensarla, arrodillados con la cara al oriente, y santiguándose. Este detalle, si no se debe por completo á la influencia católica, mucho se resiente de ella, por lo menos.

Long.
46 cm.Long.
46 cm.Antiguas varas
labradas.

Después de sahumar la cruz, se vuelven á donde está el sacerdote, y mientras las mujeres tornan á sentarse en sus lugares, provee aquél á los hombres de sonajas hechas con canutillos de carrizo y pezuñas de venado, retenidos con una correa, sonajas que se llevan en la mano derecha ó colgadas del

Vara
sacerdotal
labrada.
Longitud,
75 cm.